

EL ÚLTIMO MAMBO EN ACAPULCO

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

nº 79

EL ÚLTIMO MAMBO EN ACAPULCO

por

Gustavo Marcovich

*Al final la vida deja un mal sabor,
como a tierra.*

Este libro fue realizado con el apoyo del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales, a través de la vertiente Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2024.

EL ÚLTIMO MAMBO EN ACAPULCO
D.R. © Gustavo Marcovich
D.R. © Foto del autor: Camila Mendoza Uriba
D.R. © Ficticia S. de R. L. de C.V.

Primera edición: julio de 2026

FICTICIA EDITORIAL
EDITOR: MARCIAL FERNÁNDEZ
DISEÑO DEL LIBRO: RODRIGO TOLEDO CROW
CUIDADO EDITORIAL: MÓNICA VILLA
Magnolia 11, colonia San Ángel Inn, alcaldía Álvaro Obregón,
c. p. 01060, Ciudad de México.

www.ficticia.com ficticia@ficticia.com

ISBN: 978-607-521-158-9

Este libro no puede ser reproducido parcial o totalmente sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

HECHO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

¡EY!, ¿ESTÁS AHÍ? VAMOS A PATINAR

“Me muero. Ven por mí. Anahí”.

Eso es lo que decía el papel que asomaba inerte del fax. No podría decir cuánto tiempo llevaba allí, colgando como cascada congelada. Lo corté y lo acerqué a la luz de la lámpara. Aún poseía el perfume típico del papel que ese aparato usa. La letra manuscrita en tamaño bastante grande y caracteres infantiles me confirmaron que, en efecto, el mensaje provenía de Anahí.

No pensé ni traté de averiguar la fecha en la que me lo mandó. Al aparato aquel lo tenía arrumbado en ese cuarto que fungió como mi oficina y devino en bodega. Era un desorden absoluto. Todo tipo de muebles viejos, pilas de papeles, libros, algunos trofeos deportivos y fotos familiares. No había entrado ahí desde hace un par de años. Si ahora lo hice fue para buscar, como último sitio posible, el acta de defunción de mi madre para terminar algún trámite pendiente. Busqué y rebusqué sin éxito en el archivero y en los folders. Así fui abriendo un camino entre el pasado hasta llegar a aquella máquina que, antaño, tuvo éxito como teletransportador de documentos y que ahora, suplantado por las computadoras y el celular, ha caído en desuso.

Salí del cuarto con el papel en la mano y el corazón acelerado. No veía a Anahí desde hace mil años. Al breve

romance, inconcluso, que intentamos hacer cosa de dos décadas en una playa donde jugamos entre las olas, llenamos las tardes de ping-pong y de un baile nocturno en una simpática pista en la arena, no siguió nada. Volvimos a la ciudad llenos de promesas de reencuentros que no se dieron. Digamos que consumimos nuestro amor sin poder consumarlo.

Cuando regresé de la playa, encontré a mi novia esperándome en la puerta de mi casa. Me había ido enojado con ella por mis sospechas de que me estaba siendo infiel; mas en ese momento, al verla ahí parada, con sus lindas piernas emergiendo de la faldita y su cara casi implorante de que aceptara su inocencia, no me quedaron arrestos para negarme. El beso que me plantó en la boca y sus brazos que rodearon con amor mi cuello —torturado aún por las quemaduras solares— acabaron con cualquier posibilidad de resistencia.

Entramos y ella corrió al baño. Yo me detuve en la sala extrañado por un enigmático aparato que reposaba junto al teléfono en la sala de casa de mi madre. Del artefacto colgaba un trozo de papel del que pude leer:

“¡Ey!, ¿estás ahí? Vamos a patinar”.

La caligrafía infantil de Anahí se reflejaba puntualmente en aquel papel. Magia pura. Casi sentí su presencia escribiendo el mensaje adentro del instrumento.

Regresó mi novia del baño y fingí demencia. Puse mi mejor sonrisa mientras con discreción logré doblar y esconder la nota en la bolsa trasera del pantalón. Ella no solicitó explicación y procedimos a revolcarnos por la casa solitaria.

No le contesté a Anahí. No sabía cómo funcionaba ese aparato y, aparte, estaba comprometido.

En aquella época el fax cobró un significado especial: la posibilidad de comunicarse con alguien de manera casi

instantánea y ligera, sin siquiera tener que salir al correo y comprar estampillas. De alguna manera lo consideré como el principio del fin de las relaciones humanas a la antigua.

Ahora, con el nuevo mensaje en la mano, estaba asustado. Algo debía de hacer: salvar una vida y no de manera virtual. No tenía su número telefónico, ni correo electrónico, ni su dirección, ni sabía si Anahí aún vivía. Recordé el nombre de una amiga mutua que también estaba en la playa y que fue la que me la presentó. Tampoco tenía su teléfono, pero dos o tres llamadas me permitieron conseguirlo.

Le llamé y no estaba. Conseguí que el tipo que contestó me diera la dirección de su trabajo. A lo mejor me oía angustiado o, simplemente, no le importó darme esos datos que hoy día suelen guardarse con hermetismo.

Corrí a buscarla y la encontré. Estaba en su cubículo. Era una oficina de producción de comerciales o algo así. Tuve que registrarme en la entrada y le llamaron por el intercomunicador para darme acceso. Al verme pareció sorprendida. Tampoco habíamos mantenido contacto en esos años. En principio sonrió y luego, no. Mi cara denotaba preocupación.

—¡Anahí! —le dije sin saludar—, Anahí está en problemas. Hay que ayudarla.

Su cara de asombro cambió a la estupefacción cuando le puse el fax a la distancia correcta de sus ojos para que entendiera por sí misma.

Y vaya que comprendió.

—Anahí está muerta.

Caí abatido en una de las sillas que acompañaban a su escritorio. Mi misión era salvarla y fallé. Era mi oportunidad de hacer algo valioso en la vida y había llegado tarde.

Ella se sentó. Tomó el *mouse* con su mano derecha y de su pantalla desapareció el Facebook. Con el semblante de ocasión procedió a los detalles.

—Murió hace como cinco años, casi seis. Andaba mal. Vivía con un *dealer* de cocaína que la maltrataba. Un día se pelearon. Él amenazó con dejarla y lo cumplió. Ella, aparentemente, cogió una de las bolsas de su mercancía y se la metió toda, de un jalón. Eran varios gramos. Parece que anduvo dando vueltas por la casa como un trompo y luego cayó fulminada por un infarto. La encontraron en la regadera, tirada bajo el chorro de agua.

Coincidimos en lo triste del suceso y nos despedimos hasta una mejor ocasión. Volví a mi casa. Entré en la vieja oficina abandonada. Rebusqué hasta encontrar mi cajita de recuerdos. No tardé en dar con aquel viejo fax, amarillento por los años. Lo puse sobre la mesa, lo aplané, doble y volví a guardar.

Encontré cartas, fotos y objetos varios. Recordé a mi novia de aquellos tiempos, de sus engaños y traiciones, de nuestra gran pelea y de los años sin verla ni saber de ella. Regresé a la sala, busqué en mi vieja agenda y la llamé para invitarla a patinar.

EL AGUA SE ACEDA

—Las demandas son las mismas, Licenciado.

—Ingeniero —corrigió a Victoria, joven bilingüe que fungía como portadora de la palabra ante los representantes del gobierno.

—Sí, Licenciado Ingeniero. Aún no recibimos el pago por las tierras expropiadas ni nos las han devuelto —siguió la mujer sin amilanarse ante el funcionario de traje que ya no portaba corbata ni saco, aunque sí, todavía, la camisa pulcramente blanca, un poco arrugada para denotar el puro algodón, con los dos botones superiores fuera de su ojal, como si hiciera calor o por mostrar el pelo en pecho.

—Precisamente... —trató el enviado gubernamental de mantener el control de las negociaciones como había aprendido en un curso en una prestigiosa universidad en Dakota del Sur o del Norte, ya no estaba muy seguro. Un ataque de culpa o algo parecido le hizo ver que debería haber prestado un poco más de atención a aquel seminario, pagado por la Secretaría, y también que hubiera sido buena idea saber un poco de inglés.

—La inundación provocada por la presa —siguió la indígena sin hacer caso de la interrupción—, ha ocasionado mucho destrozo en nuestros cultivos y, además, seguimos

careciendo de agua. Tenemos la lluvia, los ríos y manantiales y hasta una presa, pero no tenemos agua.

—La comprendo, lo que pasa... —intentó en vano recomponer la situación mientras se sacaba los lentes protectores para el sol que ya no había.

—Tenemos una inundación, tuberías por todas partes, una nueva carretera de paga que divide nuestras tierras y un montón de promesas, pero nada de agua. Así que, dígame, ¿qué hacemos? —dejó espacio para que el hombre respondiera.

—Entiendo su preocupación —empezó mal su discurso porque la preocupación no se entiende, se siente—, tengo instrucciones precisas —en realidad “conminantes”, recordó— para arreglar este asunto. El plantón lleva demasiadas semanas —no se había enterado que estaba ahí desde siempre— y es necesario que se restablezca la normalidad, la legalidad.

Pensó que sería interrumpido, pero no. Aquel grupo de mujeres con sus coloridas y sobrepuestas enaguas se limitó a mirarlo con desdén, sabedoras de que no dirían nada y también él lo supo.

—De dónde yo vengo...

—Usted viene, nosotras estamos aquí —Victoria sintió odio y compasión por el sujeto, así que decidió interrumpir—. Nuestro pueblo ocupa la región desde hace mucho tiempo, desde que dejamos la tierra de los venados.

—¿Dónde es eso? —pareció interesarse el hombre, tal vez porque ya tenía hambre. No había desayunado por falta de tiempo o de ganas. Días antes le diagnosticaron colesterol alto y no sabía qué podía comer y qué no.

—No sé. ¿Conoce usted dónde hay venados? Nosotras tampoco, así que de ahí somos. ¿Ha visto usted uno de esos animalitos? Nosotras nunca.

—El asunto —retomó el rumbo de la conversación con la ilusión de acabar pronto, lo cual estaba cierto que no pasaría—, es que estamos conformado un grupo de alto nivel, con especialistas internacionales, la mayoría mujeres, para llevar a cabo un nuevo plan que dé una solución a esta problemática.

Victoria y las señoras a las que traducía no hicieron aspaviento alguno. Acostumbradas a manifestaciones, plantones, huelgas de hambre y a un interminable ir y venir a la ciudad para plantear sus demandas, con sus hijos a la espalda bien amarrados y sus fusiles de madera —lo que llamó la atención de la prensa, que les dedicó algún espacio—, sabían que no se puede confiar y que, si estaban ahí paradas oyendo a ese mestizo lleno de palabras vacías, era porque no tenían de otra. Atrás del licenciado, una fila de granaderos armados con escudos y toletes esperaba una señal. Detrás de esta guarnición, no se veía bien, se oían perros y movimiento de maquinaria pesada.

Doña Alicia se acercó a Victoria y le murmuró unas cuantas frases en mazahua. La traductora del grupo hizo su trabajo.

—No es posible, señor Licenciado Ingeniero, que ustedes, allá en la ciudad, a cientos de kilómetros, con tan sólo girar una llave disfruten del agua y, nosotras, en medio de todo este asunto de presas y tuberías, seguimos sin nada de agua —se abstuvo de traducir el mensaje completo, que más bien era una maldición, por considerar que no era apropiado. Doña Alicia, en realidad, les deseó que la ciudad se les inunde y que el agua potable se mezcle con las aguas negras y que todos se enfermen de cosas malas.

—No hemos de olvidar —interpuso el argumento con que lo instruyeron en aquella reunión con los asesores del Secretario— que el gobierno ha satisfecho gran parte de

sus demandas: se les han entregado tractores, material agrícola, letrinas y encementado sus caminos. Deben comprender que la ciudad necesita de grandes cantidades de agua, es un asunto de seguridad nacional.

Tanto hablar del tema le produjo sed y se abstuvo de ir hasta su camioneta por una botella de agua francesa, por un prurito de educación. Lo que no pudo impedir fue recordar a su maestro de química. “¡Qué pesado era el cabrón aquel!” Tanto problema por un poco de agua: dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno, ¡ah!, y puentes de hidrógenos, era lo que recordaba de aquellas clases.

—¿Sabe usted en qué día creó Dios el agua? —interrumpió Victoria sus cavilaciones.

El sujeto estuvo por responder que en el segundo o en el tercero. Sintió un poco de pena porque eso tampoco lo sabía, pese a haber transitado unos doce años por una escuela marista en donde le hicieron conocer el amor, asunto al que él se opuso tibiamente.

—En ninguno —lo ayudó la joven—, el agua ya estaba ahí. En el principio, Él creó los cielos y la tierra y su espíritu se movía sobre la faz de las aguas, que ya estaban. Separó las aguas, eso sí —le contaba casi divertida— para hacer lo de arriba y lo de bajo: el cielo y la tierra.

—Lo que pasa —trató de reencauzar la conversación para aminorar el rubor que le subía a las mejillas y para dilatar un poco el inminente ataque de los granaderos, no por conmiseración, sino porque, le habían comentado, que a oscuras el operativo sería bastante más efectivo— es que...

—Es que prometieron cosas que nunca cumplieron —interrumpió Victoria enérgica—. Perdimos las mejores tierras y ahora estamos apretadas en lotes que no producen ni para dar de comer a nuestros hijos.

—Tengo entendido que el asunto de las tierras ya fue tratado anteriormente con Eleuterio. ¿Dónde está él? ¿Dónde están los hombres?

—Nuestros maridos fueron a la ciudad por agua y regresaron con alcohol. ¿Dónde está el Secretario? —reviró la emisaria.

—El Licenciado no pudo venir, una reunión de urgencia se lo impidió en el último momento. Me mandó con instrucciones precisas de arreglar este problema de una vez por todas. Tengo la encomienda, y acá traigo los papeles, de firmar un acuerdo con ustedes para construir una tubería que les lleve agua a su comunidad. Nuestro compromiso es que el agua no se acabará.

—Así es, el agua no se acaba. La paciencia, sí.

—En eso coincidimos —murmuró el emisario—. Miren, señoras, les traigo este documento con el compromiso por escrito del Secretario de que se cumplirán sus demandas. Permítanme que se los lea, verán que les conviene. Lo discuten y, si están de acuerdo, levantamos el plantón y el mismo lunes arrancamos las obras para llevar agua a su comunidad. No podemos oponernos al progreso. Hay que mantener las aguas en calma —dejó escapar con toda intención como mostrando el poderío que lo respaldaba.

Las mujeres se alejaron y tuvieron una larga conversación en círculo. No tomaron ni leyeron el papel que quedó en la mano extendida del funcionario en turno, al que un ligero y agudo dolor comenzó a piquetearle un riñón mientras esperaba una respuesta que aún tardaría.

Al rato, las mujeres regresaron al punto inicial.

—Mire usted —comenzó Victoria a relatar un resumen de la reunión previa, con la mirada en alto, aunque la voz un poco temblorosa—, nuestras demandas no han sido cumplidas. No nos han devuelto las tierras, no tenemos agua

quieres se los mandamos a él, a ver qué opina... Quédate y vemos el amanecer. Ven, dame un beso... No, no tengo condones... ¿Tú sí? Ah, qué bueno... ¿Qué? ¿Cómo que no te golpee? ¿Cómo crees? Es lo último que haría... a menos que tú me lo pidieras... No, no tomo Viagra... Tal vez debería. Tal vez debería olvidarme de estos asuntos... Cámbiale de canal, podemos quedarnos abrazados un rato, parece que a esta hora hay un buen programa en algún canal... Tal vez, al rato.

En las sombras de la habitación un hombre se desprende lentamente del cuerpo de una joven que le aplastaba el brazo con la cabeza. Se pone de pie y agita la extremidad que ya se le estaba durmiendo. No hace por vestirse. Desnudo camina hasta encontrar la maleta y extraer el celular que le regaló su hija. Sale al balcón que deja ver una bahía majestuosa iluminada por un montón de luces. Le marca a Verónica, pero no logra comunicarse. Abajo, varios pisos abajo, la alberca llama a un largo chapuzón. Piensa emular a aquel cantante de rock que se aventó sin sufrir mayores daños que un remojón. Vuelve a llamar a Verónica y una grabación le indica que tal número no existe. Sube un pie a la baranda, titubea, sube el otro, se aferra con una mano y con la otra avienta el teléfono móvil tan lejos como puede. Escucha el ¡plop! que provoca su choque contra el agua de la alberca. Regresa al cuarto, cierra la puerta del balcón, se mete a la cama, apaga la televisión con el control remoto, vuelve a meter el brazo bajo la cabeza de la damisela y cierra los ojos.

CONTENIDO

¡EY!, ¡ESTÁS AHÍ? VAMOS A PATINAR.....	9
EL AGUA SE ACEDA.....	13
EN TORNO A UNA MESA DE CANTINA	21
¿Y LA KIPÁ?	37
HACÍA HAMBRE.....	43
ASÍ ES, ASÍ SEA.....	49
LA FIESTA OLVIDABLE.....	57
EL WATCHO	69
EL CAMIÓN DEL DESEO.....	91
POR LA SOMBRITA	97
BUSCADOR DEL FUTURO	105
UN RÍO SIN ORILLAS.....	113
NO ARRASTRES LOS PIES	117
FIN DEL VIAJE	121
CAJA DE MADERA APOLILLADA.....	125
¡LA CUENTA!, POR FAVOR	137
LA MOLÉCULA DE DIOS.....	141
A VECES PADECÍA LA FALTA DE ABANDONO.....	155
EL ÚLTIMO MAMBO EN ACAPULCO.....	157

«EL ÚLTIMO MAMBO EN ACAPULCO»
DE GUSTAVO MARCOVICH
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 6 DE JULIO DE 2026
EN LOS TALLERES DE CASA DE HYDRA EDITORES
PRIVADA EMILIANO ZAPATA NÚM. 5947,
COL. SAN ANDRÉS CHOLULA, PUEBLA, CP. 72550.
SE TIRARON 1000 EJEMPLARES.